

COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS

AVERROES (1126-1198) Y MAIMONIDES (1135-1204), DOS GLORIAS DE CORDOBA

(P a r a l e l o) *

SUMARIO

I. Preámbulo.— II. Paralelo enumerativo.— III. Averroes : esbozo biográfico.— IV. Maimónides : id. id.— V. Consideraciones paralelísticas entre Averroes y Maimónides, sus escritos y doctrinas.— VI. Averroes y averroísmo entre los judíos.— VII. Maimónides y maimonidismo en el Islam.— VIII. Conclusión

I. PREÁMBULO

HONRA y blasón de los pueblos y naciones, al par que gloria perdurable de la humanidad, son los grandes hombres, esas figuras esclarecidas que, como astros refulgentes, iluminan periódicamente el cielo de la Historia, y a veces también concurren dentro de una misma época en animada competencia o ejemplar solidaridad, dejando tras de sí una estela radiante de superioridad y excelsitud. Pero entre esa gran falange de varones conspicuos, los *viros gloriosos* que cantó Ben Sirá (Ecllo. 44¹, LXX y Vulg.) y cuantos rememora la Historia universal, merecen especial y aun diría yo exclusiva admiración y gratitud los que fueron al mismo tiempo “hombres de bien” (*'anšê hesed*, según el TH original de esa cita), aureolados con el nimbo de la fama por la luz bienhechora, los raudales de verdad y sabiduría, la nobleza de carácter o el heroísmo de su conducta

* Comunicación leída en las VI Sesiones de Cultura hispanomusulmana, octubre de 1967, en Córdoba.

que irradiaron para bien de sus contemporáneos y de las generaciones posteriores.

De dos personajes, verdaderamente grandes y benéficos, de esa categoría, quiero hablaros, o más bien encarecer sus méritos y desplegar sus excelencias en sugestivo parangón, para mejor aquilatar su valía y su prosapia espiritual.

La infinita sabiduría y omnipotencia de Dios, que tan generosamente prodiga sus dones y gracias a los hombres, muestra una variedad inexhausta de creaciones en todos los reinos de la naturaleza, particularmente en el más noble, la humanidad. Es raro, por consiguiente —mejor diríamos imposible—, que se repitan idénticamente dos ejemplares, como tampoco hay ni siquiera dos hojas iguales en los árboles. Muy distintos fueron, sin negar sus afinidades, Homero y Virgilio, Pindaro y Horacio, Tucídides y Salustio o Tácito, Alejandro Magno y César, Demóstenes y Cicerón, Carlomagno y Abderramán III. Pero cuando, como en el caso que nos ocupa, se presentan en ambientes claramente diferenciados por múltiples aspectos, aunque con fuertes sedimentos comunes, unos ancestrales, otros más recientes, dos personajes coincidentes en cualidades personales, talentos variados, actividades, profesión, circunstancias de sus vidas, formación intelectual, directrices mentales en las ciencias humanas y divinas, nuestra admiración, avezada a las diferencias, sube de punto ante el espectáculo grandioso y encantador de tantas y tan sugestivas concordancias en latitudes tan distantes y coyunturas tan dispares.

Dentro de la línea de uno de mis cotidianos quehaceres en el campo de la investigación universitaria, cual es la relativa a las cuantiosas relaciones e importantes conexiones de la literatura hispanojudía con la hispanoárabe, que forman, ambas a dos el vasto complejo de la literatura hispano-judeo-árabe, espléndido florón de nuestra cultura medieval, y precisamente en el deleitoso campo, esta vez, de la gran urbe cordobesa, que nuevamente nos acoge con hidalga generosidad en estas *VI Sesiones de Cultura hispanomusulmana*, quiero ofrecer a vuestra admiración las dos figuras tan conocidas y famosas, primerísimas en más de un aspecto, en la España islámica y judía, y tan similares por su genio filosófico-teológico, profesión y diversi-

dad de escritos, dos glorias inmarcesibles de Córdoba: Averroes y Maimónides.

Y quiero presentarlas en honorífico paralelo, que sea además, por imperativo de la realidad, amistoso parangón, lejos, por tanto, de esas comparaciones comúnmente reputadas como odiosas. Notaremos, además, que en todo cotejo paralelístico hay que resaltar las analogías y marcar asimismo las diferencias, con dos factores resultantes de toda comparación.

Hay una cuestión previa, que importa plantear, ya que sería impropcedente resolverla de modo apriorístico; preferible es fluya de por sí la solución, al menos hipotética, tras la exposición de hechos y premisas. Tratándose de dos coetáneos —como, unilateralmente, en los demás casos—, ante las similitudes ideológicas en las producciones del ingenio humano, surge espontáneamente el interrogante de posibles influencias, de una u otra parte, o bien recíprocas. En nuestro caso, no ha dejado de sugerirse, y aun de afirmarse, la interdependencia de ambos genios, o, como más probable, el posible influjo de Averroes sobre Maimónides¹. Veamos los varios puntos de vista.

El talmudista e historiador David Conforte (nacido en Salónica, 1617, y muerto en Constantinopla, 1690) en su *Qoré hadorót*, afirma sencillamente que Maimónides fue discípulo de dos hombres eminentes: R. Yosef ibn Migás, gloria de la Academia de Lucena, que le instruyó en el Talmud, y Averroes, que le enseñó filosofía. Tal aseveración suele rechazarse como errónea alegando que Maimónides era todavía niño cuando murió el primero (1141), y muy entrado en años cuando llegaron a su noticia los escritos de Ibn Ruśd (1190, vid. infra). González Palencia en su "Historia de la literatura arábigoespañola" (p. 228) quizá se exceda al afirmar paladinamente que "Maimónides, siguiendo las huellas del filósofo musulmán, trató de conciliar el peripatetismo con la religión mosaica".

Por nuestra parte sugerimos que pudieron conocerse en Cór-

¹ Brevemente tocamos esta cuestión, encuadrada en un marco más amplio, en nuestra comunicación presentada en las I Sesiones de Cultura hispanomusulmana celebradas en Granada (1962): «Los árabes, maestros de los judíos en la España medieval». Vid. en *Revista del Instituto de Estudios Islámicos en Madrid*, vol. XII-XIII (1963-64), pp. 169-179.

doaba, de donde Maimónides emigró a los 13 años, o incluso después, en el constante peregrinar de éste, como criptojudío, de ciudad en ciudad, hasta los 25, en que abandonó para siempre la Península (1160). Por lo menos es muy verosímil, dado su extraordinario amor a la ciencia y la actividad intelectual de que ya había dado pruebas, a pesar de las adversas circunstancias en que se veía envuelto, llegaran a su noticia los escritos del filósofo musulmán, bien en España o durante el quinquenio de su permanencia en Marruecos. En 1165 Averroes, ya cuarenteno, había publicado varias e importantes obras científicas y filosóficas y gozaba de prestigiosa fama entre las personas ilustradas.

El rabino alemán, Dr. A. Loewenthal, autor del razonado artículo que a Averroes dedica *The Jewish Encyclopedia* (Vol. II), afirma, quizá con alguna parcialidad hacia su correligionario o porque así lo creyera honradamente, que las relaciones científicas entre Maimónides y Averroes no han sido correctamente interpretadas, puesto que, a su juicio —que, por lo demás, es opinión bastante generalizada, sobre todo entre los judíos—, ni Maimónides puede ser considerado como auténtico discípulo de Averroes, ni menos aún éste, discípulo de aquél. La razón en que se sustenta ese criterio es la suposición de que los escritos de Averroes no llegaron a conocimiento de Maimónides hasta el año 1190, demasiado tarde, por consiguiente —ya en el sexto decenio de su vida—, para que pudieran influir en su formación intelectual o incluso en la composición de sus obras. Menos aún cabría admitir, sentado ese supuesto, la influencia inversa, es decir de las obras o el pensamiento maimonidiano en el filósofo musulmán, dado que las circunstancias políticas del judaísmo español cambiaron radicalmente al advenimiento de los almohades a la Península, quedando despobladas las aljamas andaluzas. En aquella Córdoba de la segunda mitad del siglo XII, dominada por los almohades, probablemente ni sería conocido (por suerte suya) aquel cordobés, fugitivo de ciudad en ciudad con toda su familia y genial polígrafo, a quien un hado misterioso arrancó de un polo del Islam para que floreciera en otro, asentándolo en Egipto, donde llegaría a ser médico de la corte y componer obras maravillosas, tan múltiples como variadas.

Como quiera que sea, yo diría que entre Averroes y Maimónides hay algo superior a esas relaciones intelectuales o artísticas, generalmente tan beneficiosas, entre maestros y discípulos, y fue la coincidencia mental y actitud espiritual en puntos básicos de la Filosofía y la Teología. En algún sentido y proporción pudiera atribuirse tal similitud de complexión intelectual a que ambos próceres del pensamiento eran herederos del saber científico bisecular atesorado en la *dār al-culūm* cordobesa. Se ha pensado incluso —por lo que en otros casos ha ocurrido— en algún autor o precedente desconocidos; pero, a nuestro juicio, parece más lógico atribuirlo, en parte no exigua, a las enseñanzas que uno y otro, con diferencia de pocos años, bebieron en la fuente viva de las Academias cordobesas en los decenios centrales del s. XII, entre 1140 y 1160. Ni las luchas intestinas que ensangrentaron los últimos años del Califato, ni las a veces turbulentas vicisitudes de los reinos de Taifas, ni la dominación de los pueblos africanos, almorávides y almohades, que se asentaron sobre aquellas imponentes ruinas, pudieron aventar los fuertes sedimentos culturales y artísticos de las épocas anteriores. No son raros en la Historia los casos de ciudades de alta cultura que han superado felizmente crisis semejantes y han salvado los restos brillantes de precedentes siglos de esplendor. Si Averroes pudo beneficiarse con más tranquilidad de esos estratos culturales, Maimónides, al emigrar de la Península (circ. 1160), tras varios años de criptojudaismo, primero a Marruecos, donde siguió en semejante actitud, luego a Oriente y por fin a Egipto, pudo decir: *Omnia mea mecum porto*, pues llevaba ya una completa formación intelectual e incluso cultural y varias obras terminadas o en curso de elaboración.

Però, sobre todo, la aportación de esos dos grandes polígrafos fue el fruto maduro de dos inteligencias próceras, con las que debe relacionarse —aparte del famosísimo Avicena, en el terreno filosófico y médico— una tercera, posterior en un siglo, en el orden filosófico-teológico, Tomás de Aquino, que tanto se benefició de las doctrinas de aquéllos. Estas tres mentalidades cumbres tuvieron como meta de sus lucubraciones el noble afán de armonizar la fe y la razón, las creencias religiosas y la ciencia humana.

II. PARALELO BIOGRÁFICO Y PERSONAL

Toda una cadena de circunstancias, analogías, concomitancias y coincidencias favorecen y destacan el paralelo que deseo esbozar entre Averroes y Maimónides. Señalemos primeramente, en vuelo rápido, las más visibles, grandes y pequeñas, de gran alcance unas, de menor escala otras, de carácter biográfico, personal y familiar. Ambos son cordobeses de nacimiento y educación intelectual, y murieron en Africa, occidental el uno, oriental el otro, lejos de su ciudad natal y tal vez añorándola, al lado de poderosos sultanes amigos. Fueron coetáneos, de familia de jurisconsultos, y dotados de talento extraordinario, abierto a todos los esplendores de la verdad. Médicos de profesión, que forma, con el magisterio y el sacerdocio, la más noble tríada de las actividades humanas; médicos de reyes, del cuerpo y del ama, puesto que fueron a la vez consejeros reales. Averroes, de ilustre linaje de juristas, desempeñó el cargo de cadí en Sevilla y Córdoba, y compuso al menos un tratado de Derecho malequí; el padre y primer maestro de Maimónides era *dayyán* ("juez") de la comunidad cordobesa y prestigioso talmudista, dos aspectos estrechamente relacionados entre sí, que confieren la ejecutoria de acreditado jurista; el Derecho judaico, al que el gran polígrafo levantó un monumento *aere perennius* con su *Miśnéh Tora^h*, aparte de otras varias obras de gran envergadura, tenía en la familia amplia solera. Uno y otro, fecundos escritores y polígrafos eminentes, enamorados de la Ciencia pura y cultivadores de la Ciencia práctica, casi refractarios, por lo mismo —pese a las excepciones— a los ensueños poéticos; filósofos de encumbradas concepciones y teólogos ansiosos de elevar las altas lucubraciones de la razón humana hasta los pies del trono de Dios. Ambos escribieron, y, por lo tanto, pensaron, en la dúctil y opulenta lengua árabe, con alguna salvedad en la abigarrada producción maimonidiana, y fueron, por natural inclinación y afinidad mental, no por imperativo de escuela, adeptos a las doctrinas del más excelso y rigurosamente racional de los filósofos griegos, hasta el extremo de que se les podría otorgar, y de hecho más o menos literalmente así se ha proclamado, el título, respectivamente,

de “el Aristóteles del Islam” y “el Aristóteles judío”, de los siglos medievales, y aun de los posteriores. Ambos fueron entusiastas y admiradores, estudiosos seguidores y comentaristas del celeberrimo médico y filósofo persa Avicena (980-1037), siglo y medio anterior a ellos, autor de numerosas obras científicas, médicas, filosóficas y fiel intérprete de la sabiduría aristotélica. Lo mismo Averroes que Maimónides mostraron una decidida oposición a los *mutakal-limūn* o adeptos al *kalam*, el escolasticismo musulmán y judío, “malos defensores de la religión y malos filósofos”, dice M. Pelayo, sobre todo respecto a la teoría de los átomos y la inexistencia de leyes naturales. Tanto el musulmán como el judío, aunque en diversa forma, fueron tildados de excesiva y peligrosamente racionalistas, y por ello sufrieron, el uno en vida, el otro después de muerto, la sañuda y tenaz persecución de sus correligionarios ultrarreligiosos, fueron estigmatizados con la nota de “herejes excomulgados”, y quemadas públicamente sus obras. Pero, afortunadamente, pudo más que ese fuego virulento el amor y la admiración de otros amplios sectores, y esas obras no perecieron. Los dos han ejercido positiva influencia en la Filosofía y, de rechazo, en la Teología del cristianismo, de los dos se ocupó y los cita en sus escritos el doctor Angélico, cuyos precursores fueron en la noble empresa, tan necesaria entonces como hoy, a ocho siglos de distancia, de armonizar plenamente la ciencia humana con la divina, misión la más alta a que puede aspirar un sabio. Coinciden igualmente en el espíritu observador de la naturaleza, cualidad esencial en todo médico —ambos fueron insignes en esa profesión—, según puso de relieve, por lo que a Averroes se refiere, el P. Manuel Alonso en documentado estudio publicado en *Al-Andalus* (V, 1940, pp. 215-230: “Averroes, observador de la naturaleza”), y se desprende claramente de la lectura de sus obras, lo propio que ocurre en las de Maimónides, fiel reflejo de la mirada intuitiva y espíritu inquisitivo de su autor. Sin duda uno y otro, a fuer de prestigiosos médicos, tendrían un estupendo “ojo clínico”. En cuanto al sentimiento patrio de los dos ilustres exilados de Córdoba, en circunstancias diferentes, pero en algún modo coincidentes —la intransigencia almohade—, de Averroes escribe el citado articulista: “Apasionado de su patria, prodiga en sus obras elogios de Al-Andalus

y el cariño que sentía por Córdoba, cabeza del Islam español y ciudad que mereció su cuna" (ibid. 217), y del judío consta, a pesar del amargo recuerdo de su emigración y penalidades que la precedieron y subsiguieron, que encontrándose rodeado de honores, dignidades y bienestar en su nueva patria, Egipto, siempre tuvo a gala llamarse y firmar "el sefardí", prueba inequívoca del no extinguido amor a su patria natal.

En el señorial recinto actual de esta ilustre urbe, cuna de las dos celebridades a que nos referimos, todavía podemos señalar otros paralelos curiosos y edificantes: ambos son rememorados en los fastos cordobeses con análoga admiración y simpatía; tienen su gallarda efigie, cual vigilante símbolo para el nativo y forastero; su memoria perdura en el abigarrado nomenclator histórico de las calles, en los anales y centenarias recordaciones de la ciudad y es vívido acicate para los más generosos anhelos de superación cultural. Finalmente, ¡curiosa aunque explicable coincidencia!, la filatelia nacional quiso unir también recientemente a estos dos inclitos personajes en dos emisiones recientes, como prueba del honor rendido a su inolvidable y señera grandeza.

Pero ahondemos algo más en las bases científicas de este paralelo centrando primeramente nuestra atención en cada uno, mediante un sucinto bosquejo biográfico, a fin de resaltar seguidamente sus mutuas afinidades y conexiones. Y advertimos, ante todo, que el parangón de los dos egregios personajes que nos ocupan no se limita a sus dotes y circunstancias personales, de pasmosa coincidencia, como se ha podido observar; nuestro ángulo de visión abarca otros aspectos más importantes, cuales son el paralelismo doctrinal y hasta bibliográfico, y las irradiaciones de uno y otro en el campo opuesto, como también en ámbitos más dispares.

III. AVERROES; ESBOZO BIOGRÁFICO

Abū-1-Walid Muhammad ibn Ahmad Ibn Rušd, Averroes entre los escolásticos y en el mundo europeo, por corrupción fonética de este último nombre, nació en Córdoba (1126) y murió en Marrākuš (1198); vivió, por tanto, 72 años. Procedía de

linajuda familia de jurisconsultos cordobeses y estudió Derecho islámico y también Medicina en las academias de la antigua corte califal. Sus primeros escritos versaron asimismo sobre estas dos ramas, pero debió de aficionarse pronto a los estudios filosóficos, que habían de constituir su actividad primordial durante el resto de su vida. Aunque no consta publicara obra alguna filosófica antes de 1162, algunos datos y anécdotas, tan del gusto árabe, demuestran ya por entonces su competencia en filosofía y precisamente en su parte más abstrusa cual es la Metafísica. Fue presentado por el filósofo Ibn Tufayl (1110-1186) al califa almohade Abū Yacqub², no ajeno a la filosofía, que gustaba rodearse de sabios, el cual le sugirió, por mediación de dicho filósofo introductor, conocido en el mundo erudito por la única obra que de él se conserva, *Ḥayy ben Yaqzān* (o *Secretos de la filosofía iluminativa*, popularizado con el título del traductor al latín, *Philosophus autodidactus*, 1671, Pococke), la idea de comentar a Aristóteles, que ya era conocido entre los musulmanes hacía más de un siglo por las obras del turco Al-Fārābī (m. en 950), el primero, cronológicamente, entre los *falāsifa* aristotélicos y, sobre todo, por los escritos de Avicena (980-1037), el celeberrimo filósofo y médico persa antes citado. Desempeñó el cargo de cadí en Sevilla y posteriormente en la

² Para mejor situar sucesos y fechas, recordaremos que Abū Yacqub Yūsuf era hijo y sucesor de Abd al-Mu'min (1129-1162), el cual había sucedido a Ibn Tumart al-Mahdi, fundador de los almohades (1122-1129), los al-muwahhidūn (sc. los que profesan el tawhīd o «unicidad de Alá»). Su exacerbado sentimiento religioso los lanzó a la lucha contra los no creyentes, los antropomorfistas y, sobre todo, contra los almorávides, acusados de corrupción, a los que expulsaron de la Península. El imperio almohade duró en España un siglo y en Africa siglo y medio (1122-1268). Caracterizóse, sobre todo en su primera época, por su encarnizada persecución —el «azote» le llaman los cronistas hebreos—, allende y aquende el Estrecho, contra los judíos y cristianos (mozárabes), a los que pusieron en trance de apostasía, muerte o fuga. Las aljamas hebreas de Andalucía quedaron despobladas y gran número de sus moradores buscaron asilo en los reinos cristianos del Norte, con lo cual se inauguró una nueva era en los fastos del judaísmo español. No pocos intentaron una convivencia con los nuevos invasores, penosa y difícil a la larga, aparentando su adhesión al Islam, pero continuando de corazón y en el sagrado del hogar familiar adictos a la ley mosaica. Entre estos *criptojudíos* figuró hasta 1160 en España y 1165 en Fez la familia de Maimónides. Su resistencia a abandonar la Península demuestra el gran amor y apego que sentían hacia Sefarad; pero el mortal peligro que los acechaba hubo de sobreponerse.

misma Córdoba. Prueba de su dedicación por esa época a los estudios aristotélicos es que el último año de su cadiato en Sevilla (1169) publicó el *Comentario sobre el tratado de los animales*. Vuelto a Córdoba, desplegó gran actividad intelectual, no interrumpida por sus viajes a Marruecos en los años 1178 y 1182, fecha en que fue nombrado cadí de Córdoba.

Gozó de la amistad y favor del susodicho Abū Yaʿaqub Yūsuf (1162-1184) y fue su médico de cámara a la muerte de Ibn Tufayl (1185), como también del hijo y sucesor del citado tercer soberano almohade, Yaʿaqub al-Manṣūr ben Yūsuf (1184-1198), el vencedor de Alarcos (1186). “Acusado luego de herejía y de infidelidad por alfaquíes y ulemas —leemos en la *Islamología* (II, p. 891)— el califa se vio en la precisión de desterrarle; pero, pasado el apuro, le devolvió su favor.” González Palencia en su “Historia de la Literatura Arábigoespañola” (página 221), da más detalles, al afirmar que “acaso fuera debido a resentimientos personales, a intrigas políticas y cortesanas, o a exacerbación del sentimiento religioso de Yaʿaqub por su victoria contra los cristianos, o a excesos irreligiosos del filósofo, que pareciesen intolerables. Lo cierto es que el sultán publicó un edicto por el cual prohibía el estudio de toda ciencia filosófica y se desató una persecución enconada contra los filósofos.” En consecuencia, Averroes, caído en desgracia, privado de sus cargos y dignidades, y con el dolor de que se quemaran públicamente sus obras, como heréticas, en Córdoba, fue exilado a la judaica Lucena, destierro que duró unos dos años³.

³ Esta bienal estancia, forzosamente inactiva, de nuestro filósofo, ya en el ocaso de su vida, en aquella ciudad, otrora emporio de la ciencia y riqueza hebraicas, que todavía conservaba sin duda alguna, a pesar de la reciente ruina de su aljama y éxodo de los sabios de su Academia por obra de los almohades, gran solera judaica y preciosos restos de su anterior esplendor, sobre todo en valores humanos, pudo proporcionar al ilustre exilado ocasión de informarse de un modo especial sobre la persona y obras del filósofo judío, cuyo nombre y reputación universal como sabio y médico del sultán de Egipto, seguramente le serían ya conocidos. Por otra parte, la proyección espiritual de Averroes sobre la ciudad de su confinamiento, en la que, repetimos, aún vivirían, bajo la salvaguardia del criptojudasmo, no pocos israelitas y quizás algunos al menos de amplia cultura, pudo facilitar la oportunidad de conocer a fondo la personalidad y escritos del filósofo musulmán, que por este camino hallarían otra vía directa para ser

Por intervención de algunos sevillanos notables, consiguió el perdón del califa, y llamado por éste a Marrākuš, a donde había regresado, falleció aquel mismo año (1198), y poco después también el soberano.

Averroes fue enterrado primeramente en el cementerio de la puerta Tagazut, y después trasladado a Córdoba, al panteón familiar. Abenarabi, que presenció el traslado, consigna como detalle pintoresco, que “al ser colocado sobre una acémila el ataúd que encerraba los restos del filósofo, pusieron sus escritos en el lado opuesto como contrapeso.”

IV. MAIMÓNIDES: ESBOZO BIOGRÁFICO

Hace poco más de tres años tuve el honor de exponer en esta misma tribuna, con ocasión de la erección de la estatua que honra la memoria del gran polígrafo judío y cordobés, un “Panegírico o corona laudatoria en honor de Maimónides”⁴. A él remito para una información más completa acerca de este personaje, que de momento solamente nos interesa —y no es poco— en su aspecto comparativo y paralelístico con la gran personalidad, su *challenger* científico, diríamos en términos deportivos, cuyo esbozo biográfico acabamos de bosquejar.

Abū Imram Musa ben Maimun ibn ‘Abd Al-lah en la literatura arábiga, Mošé ben Maimón entre los judíos (*Rambam* en sigla), Moyses Iudaeus entre los escolásticos y Maimónides, sin más, en la Historia y la Literatura universal, nació en Córdoba el año 1135 y murió, frizando en los 70, en la ciudad de El Cairo. Nueve años más joven que Averroes, le sobrevivió seis.

Durante los 25 años de su permanencia en la España musulmana, fugitivo desde 1148, de ciudad en ciudad, al desencade-

conocidos dentro del judaísmo, en el que, como seguidamente veremos, ejercieron amplia influencia.

Me limito a apuntar la sugerencia, por el interés que pudiera tener en el problema de las conexiones e interacción del averroísmo y maimonidismo. Quizás un estudio detenido, a pesar de las notorias dificultades para hallar datos o documentos asertóricos, pudiera descubrir o corroborar sugestivas hipótesis.

⁴ Puede verse en *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, XII-XIII (196-64), fas. 2.º, pp. 245-264.

narse la furiosa persecución almohade, tuvo ocasión de conocer a fondo, por su entrañable amor a la ciencia y al estudio, la rica literatura árabe. Emigrado, con su familia —aún vivía el padre— en busca de tranquilidad, a Fez, donde permaneció cinco años, y después a Oriente, tras varias vicisitudes y sinsabores, consiguió una situación privilegiada como médico de cámara, con la consiguiente amistad y favor, del famoso sultán Saladino (1170-1193), de su familia y palaciegos. Sin duda fue también en más de una ocasión consejero del soberano, si bien no hay testimonio alguno de que interviniera en política y si más bien de que se circunscribió a sus pesadas tareas facultativas y a su agotadora labor intelectual. No fueron, en efecto, sus absorbentes ocupaciones profesionales obstáculo, más bien prepararon la ocasión, por lo que a sus escritos médicos se refiere, para que desarrollara una actividad portentosa como polígrafo incansable en casi todas las ramas del saber, ya iniciada desde su juventud. Fue honrado con la dignidad de *ra'is al-yahūd* ("jefe de la comunidad judía").

Su misma grandeza y celebridad concitó contra él los dardos de la envidia por parte de algunos musulmanes y de sus propios correligionarios —no era sólo la famosa *invidia medicorum pessima*—; pero su indiscutible valía y extraordinario talento se impusieron, y ya en vida fue considerado como un oráculo en cuestiones de Filosofía, Teología, Exégesis bíblica, Derecho talmúdico y Medicina. Ni en vida ni después de su muerte sufrió eclipse su fama universal, aunque hubo posteriormente enconadas controversias entre sus partidarios y sus detractores durante más de un siglo. Falleció el 13 de diciembre de 1204, llorado por hebreos y musulmanes, y fue sepultado en Tiberíades (Palestina)⁵.

⁵ Para que el paralelismo con Averroes fuera más completo, sólo faltaba que la tumba de Maimónides estuviera también en Córdoba. A este respecto diremos como dato entre pintoresco y lamentable, que en un librito reciente de autor español —uno de tantos osados que sin preparación se lanzan a escribir sobre temas judaicos, atraídos por su exotismo—, cuya 3.^a edición en inglés (*The Spanish Jews*) llegó a nuestras manos y que está cuajado de crasísimos errores, figura (pág. 58) una fotografía con este pie: «*Maimónides tomb in Cordoba*» (!!!). Sin comentario. No hace falta decir que se trata de la indicada tumba del gran polígrafo cordobés en Tiberíades. (Véase, p.e., *Enc. Jud. Cast.*, México, 1950, t. VII, p. 247).

V. CONSIDERACIONES PARALELÍSTICAS ENTRE LOS ESCRITOS DE AVERROES Y MAIMÓNIDES

Ambos, fervorosos aristotélicos, para quienes el Estagirita es el Maestro indiscutible —como para Sto. Tomás, “el Filósofo” por antonomasia—, se empaparon ávidamente de las doctrinas y teorías del mismo; de ambos se duda si realmente conocieron a fondo la lengua griega o más bien se sirvieron de versiones árabes y principalmente de las obras de Avicena, y a los dos —o a los tres— se les ha achacado que no siempre reflejan la doctrina auténtica peripatética. Pero hay una diferencia entre el filósofo musulmán y el judío, a este respecto, que importa destacar. Averroes, como queda dicho, por instigación de Abū Yaʿaqub Yūsuf e Ibn Ṭufayl, compuso diversos comentarios —no traducciones— al Estagirita (tres series: *Sumas* o comentarios breves; *Taljīs* o comentario medio, y *Tafsīrāt*, o comentarios mayores); él mismo, en su destierro, gloriábase de haber comentado casi todas las obras aristotélicas. A este propósito observa el P. Manuel Alonso: “Los historiadores generales de la Filosofía nos hacen concebir principalmente esta idea simplista: Averroes es el comentador de Aristóteles. Con esto se podría pensar que Averroes fue solamente hombre de erudición libresca, y que los libros donde buscaba su erudición se reducían a los de Aristóteles y a los de sus comentadores, griegos y árabes”⁶. Ciertamente en ese terreno realizó una labor meritísima, muy apreciada por la posteridad, que le adjudicó el honroso título de “comentarista por excelencia”. Esos comentarios se han conservado sólo parcialmente y en traducciones latinas. Índice de su estimación, aparte de otros testimonios, es el hecho de que ya en 1560 se publicaran los Obras completas de Aristóteles “*cum Averrois cordubensis commentariis*”, en doce tomos (Venecia). Pero al lado de esos comentarios, que constituyen su labor más divulgada, hay que poner las obras originales, que le han merecido la ejecutoria de gran pensador. Baste recordar su famosa *Destructio destructionis* (*Tahāfut al-*

⁶ Averroes, observador de la naturaleza, en *Al-Andalus*, V (1940), pp. 215-230; cita p. 216).

tahāfut), una de las numerosas réplicas —tal vez la más vigorosa— a que dio lugar la obra de Algazel *Tahāfut al-falāsifa* (Destrucción de los filósofos) o el tratado *De la unión del entendimiento agente con el hombre* (ed. y trad. por el P. Nemesio Morata, Escorial, 1923).

Maimónides, por el contrario, cuyos libros están empapados de savia aristotélica y esmaltados de numerosas referencias del Estagirista, no consta escribiera comentario alguno directo de esas obras, aunque podría formarse uno de positivo interés con esas citas, y, por otra parte, importa recordar son muchas las obras de su portentoso elenco, que se perdieron. Como quiera que sea, ninguna suya puede considerarse como puramente filosófica o exclusivamente teológica, pero es porque rebasan el mero círculo de esas ciencias, por lo demás tan espaciosas, proyectándose sobre más amplio y denso panorama. Quizá también pesara en el ánimo del filósofo judío la consideración de que ya existían en árabe, al alcance de musulmanes y judíos, importantes comentarios a la enciclopedia filosófica del Estagirita, como los antes mencionados y los de Averroes, cuya magna obra en este terreno llegaría a conocimiento de Maimónides y de la cual es muy posible se beneficiara. Prosigamos nuestro paralelo detallado.

a) *Obras filosóficas*

Averroes compuso un *Compendio de Lógica*, colección de 12 disertaciones sobre temas lógicos y unos *Prolegómenos a la Filosofía*, conservado, al igual que otras varias obras, en versiones hebreas, y Maimónides, en sus *Mil lôt ha-higgayôn*, "Términos lógicos", obra redactada en árabe y vertida después al hebreo por Moisés ibn Tibbón (publicada en 1527, Basilea) y al latín por Sebastián Munster, y comentada por Mendelssohn, expone también los puntos fundamentales de la Lógica, pero es al propio tiempo una verdadera Introducción a la Filosofía.

Entre los Comentarios de Averroes a las obras de Aristóteles figura uno a la famosa *Ética a Nicómaco*; Maimónides expuso en sus *S'emoné^h p'raqim*, título de la traducción hebrea, ("Ocho capítulos"), su teoría ética en forma clara y sucinta.

b) Obras teológicas

El *Kitab al-falsāfa*, *La armonía entre la ciencia y la religión* y los *Métodos de demostración de los dogmas* son las obras teológicas fundamentales de Averroes. Maimónides expone en la Segunda Parte del *Dalālat al-ḥa'rīn* (hebr. *Moreh n'ebūkim*; latín *Doctor perplexorum*, "Guía de los perplejos") las doctrinas peripatéticas en relación con los problemas básicos de la religión; habla de las *inteligencias separadas* o ángeles, del *intelecto activo universal*; de las esferas, del origen del mundo y del dogma de la creación, y en los últimos capítulos de la Tercera Parte, trata de problemas tan importantes como la existencia del mal en el mundo, la omnipresencia de Dios, su providencia, etcétera. También son dignos de mención su *Tratado del conocimiento de Dios por medio de las criaturas*, su *Kitāb al-faraid* ("Libro de los preceptos") y los *Trece artículos de la fe*.

c) Obras astronómicas

Averroes compuso un *Compendio del Almagesto*, conservado en hebreo, y citase también como suyos un *Tratado del movimiento de la esfera celeste* y otro *Sobre la apariencia circular del cielo de las estrellas fijas*. Maimónides no solamente fue docto en las ciencias astronómicas y matemáticas, como lo fue Averroes, sino que, como él mismo recuerda a su discípulo Yosef ben Y'hudá, fue en ellas maestro, y en sus diferentes escritos se encuentran cuantiosas referencias astronómicas. A los 23 años compuso, en árabe, un opúsculo sobre el *calendario* (titulado "Cálculo de la intercalación"), que es un examen claro, científico y sistemático de un tema tan importante, sobre todo en relación con las fiestas judías, como es el cómputo del tiempo en conformidad con las leyes astronómicas, y de innegable dificultad.

d) Obras jurídicas

Fiel a la tradición jurídica familiar, Averroes, aunque absorbido principalmente por sus aficiones filosóficas, prestó atención al Derecho y es digno de mención su *Badayt al-muḡtahid*

(tratado de Derecho malequi: edit. en El Cairo a fines del primer cuarto del siglo).

Maimónides, hijo de un *dayyan*, "juez", de la comunidad, que por su profesión y vocación ha de ser necesariamente jurisperito, hubo de sentir desde la infancia ese ambiente familiar, y llevó a cabo con su *Mišne^h Tora^h*, llamado "Código de Maimónides", su *opus magnum* en el campo del Derecho judaico, una verdadera reconstrucción, sistemática y ordenada del Talmud, el gran Digesto judaico en la Diáspora. La codificación de Maimónides se impuso por su autoridad a todas las que anteriormente habían realizado otros talmudistas judíos, y vino a ser la gran fuente de inspiración de los posteriores.

e) *Obras de Medicina*

Numerosas son las obras de Medicina compuestas por Averroes, como son: la titulada *Kul liyyat*, "Generalidad", el *Colliget* de los escolásticos que es un tratado completo del arte médica, y otros de tipo monográfico sobre enfermedades diversas. Maimónides igualmente escribió gran cantidad de tratados sobre los temas médicos más variados, generales o particulares, de tal mérito que bastarían por sí solos para granjearle la inmortalidad, todos ellos en árabe, tales como *Pirqê Mošê* ("Capítulos", Aforismos médicos del autor), obra que abarca en 25 capítulos todo el campo de la Medicina y es como complemento de su *Perûš al pirqê Abukrat* ("Comentario a los aforismos de Hipócrates"), el *Régimen de salud*, *Libro del asma*, *Tratado de los venenos y sus antidotos*, *Composición de los medicamentos*, etc., etc. El libro II del *Kul liyyat* contiene una enumeración alfabética de medicinas, con la descripción y efectos de cada una. Ambos yatrólogos comentaron a Galeno: Averroes, eligiendo varias obras de éste, y Maimónides, en su *Compendio o Comentario* de los 16 libros del famoso médico griego. Por su parte, Averroes también se ocupó de la *Arjuzá* de Avicenna, cuyas obras médicas y filosóficas fueron una de las fuentes principales del polígrafo judío. Señalaremos, por fin, otra coincidencia, y es que uno y otro tuvieron un hijo que ejerció también la Medicina; el de Maimónides fue sucesor de su padre en el medicato de palacio.

Recapitulemos diciendo que tanto Averroes como Maimónides fueron dos auténticos y eminentes polígrafos, que compusieron una cantidad asombrosa de obras, sobre las más variadas materias, de las cuales solamente se nos ha conservado una parte, no sin dificultades de diversa índole, mucho más numerosa la del escritor judío. Pero, como acertadamente advierte A. Bonilla a este respecto, “la *originalidad* en filosofía es más relativa que en ninguna otra esfera” (*Hist. Fil. españ.*, II, p. 415). De los dos se ha dicho, pese a su reconocido talento, que no fueron propiamente originales. “A todos los filósofos arábigo-hispanos —escribe Menéndez y Pelayo (*Hist. heter.*, I, p. 468)— excedió en fama, fecundidad y método, ya que no en *originalidad* e ingenio, el cordobés Averroes”. Y el P. Llamas, en su libro *Maimónides* (Madrid, M. Aguilar, s.f., 1935) enjuicia a éste diciendo: “No es Maimónides propiamente un *genio original*, que descubra ideas nuevas y horizontes intelectuales desconocidos, pues su ciencia es principalmente la ciencia de los filósofos griegos y árabes; pero es el talento colosal, de juicio lúcido, vigoroso, robusto, personal e independiente... Es, además, un talento finamente analizador y claramente sintético.” (Páginas 39-40). Los dos pensadores rebasaron el área exclusiva de su religión y de los pueblos de su raza, circunstancia que contribuyó a la conservación de sus escritos en la medida en que han llegado a la posteridad, sobre todo por lo que a Averroes se refiere, al par que motivó una mayor irradiación de sus doctrinas y teorías, con caracteres ecuménicos.

Tres aspectos particulares queremos destacar en el plano comparativo que nos hemos trazado en el presente estudio, en relación con los escritos de los dos eminentes cordobeses: 1.º, el relativo a la lengua en que se compusieron y diversas vicisitudes o curiosidades lingüísticas; 2.º, particularidad referente a la conservación de gran número de esas obras; 3.º, la oposición que algunas de las doctrinas filosófico-teológicas expuestas por ambos maestros encontraron en ciertos sectores y reacciones que se provocaron.

1.º En términos generales podríamos afirmar que las obras de ambos científicos y filósofos se escribieron en árabe —con la indicada excepción en Maimónides—, se vertieron muy pronto al hebreo, en gran parte, tanto las de éste como las del

musulmán, y posteriormente, al latín, y en los dos últimos siglos algunas de las principales, a las lenguas europeas representativas de más alto nivel cultural. Que Averroes escribiera en árabe, es lógico y perfectamente natural; pero el caso de Maimónides, que no es excepcional, sino común a todos los judíos medievales, por lo menos hasta el siglo XII, en España, requiere una explicación.

A todo el que conozca, siquiera sumariamente, los avatares del judaísmo medieval y su literatura, no le extrañará que tanto en Oriente, a partir del siglo VII, como en Occidente, a partir del X, en que alborea la literatura hispanojudía, los escritores hebreos compusieron sus obras en lengua árabe, oficial y vernácula en los países que habitaban e instrumento más adecuado para la exposición científica que el viejo idioma bíblico, a la sazón necesitado de una profunda renovación y acrecentamiento léxico. Así se creó esa gloriosa literatura judeo-árabe de tan relevantes valores, respecto a cuya plasmación gráfica es curioso advertir que generalmente se escribía con caracteres hebraicos, por diversas razones, algunas de índole criptográfica, costumbre seguida hasta nuestros días en algún grado por los judíos radicados en los países de habla árabe, p. e., Marruecos.

2.º Leemos en la *Encyclopédie de l'Islam* que Ibn Maimūn escribió todas sus obras en árabe, *sauf une*, afirmación que puede aceptarse con sólo agregar a esa "única" (que es la famosísima *Mišne^b Torá^b* ("Repetición de la ley", verdadera sistematización de todo el Talmud), algún otro escrito y sus pocas poesías, que, cuantitativamente, al lado del cúmulo ingente y variadísimo de su producción arábica, bien poco representan. Pero se da el caso curioso que numerosos tratados de Averroes, cuyo original árabe se perdió, por injuria del tiempo o de los hombres, se nos han conservado en la versión hebraica que oportuna y tempranamente realizaran doctos judíos, con lo cual tenemos una nueva e inesperada concatenación entre estos dos personajes y sus respectivos correligionarios medievales, de importantes consecuencias para la influencia e interacción que ejercieron sus doctrinas. "De la mayor parte de sus obras —dice M. Pelayo refiriéndose a Averroes— no queda el texto árabe, sino traducciones hebreas y latinas, hechas generalmente del hebreo" (Ob. cit. pá-

gina 469). Páginas después insiste el insigne maestro: “El *demonio de la filosofía* se había apoderado de los judíos, y a ellos se debió la traducción y conservación de la mayor parte de los libros árabes ya mencionados” (Ibid., p. 478), entre ellos precisamente los de Averroes. “Pocas de sus obras subsisten en su original árabe”, leemos en la *Islamología* y lo propio conigna González Palencia (ob. cit.) refiriéndose a los Comentarios sobre las obras de Aristóteles: “Existe la versión latina de todos esos comentarios y la hebrea de muchos. En árabe se conservan pocos”⁷. *The Jewish Encyclopedia* (art. Averroes, Vol. II, p. 348), dice algo más, de especial interés: “Debido a sus admiradores judíos, disponemos hoy de sus obras, pues solamente en el marco de las versiones hebreas o por la transliteración del texto árabe en caracteres hebraicos “did they escape to fanaticism of the Moors.” Sólo nos queda agregar que con todas esas traducciones y retraducciones no es extraño que a veces se haya falseado el pensamiento del autor. El arte de la traducción, siempre arduo y complicado, resultaba más todavía tratándose de materias abstrusas.

3.º El tercer punto relativo a las obras de los dos audaces filósofos sobre el que hemos de llamar la atención, especialmente interesante, es el de la tenaz oposición que determinadas opiniones y enseñanzas suyas despertaron en núcleos influyentes de alfaquíes y ulemas, de rabinos y pietistas, hasta el extremo de motivar la prohibición, condenación e incluso quema pública —suponemos más bien simbólica— de esas obras. Ya hemos indicado en el esbozo biográfico las consecuencias personales que tal actitud ocasionó a Averroes, y las acres controversias desarrolladas en pro y en contra de Maimónides.

Quizás exagere M. y Pelayo cuando dice: “A decir verdad,

⁷ Conviene advertir que en las últimas décadas se han dado a la estampa varias obras de Averroes en su texto árabe, inédito en algunos casos, p.e.:

MAURICE BOUYGES, S. I.: *Inventaire des textes arabes d'Averroès*. Mélanges de l'Université de St. Joseph. Beyrouth, VIII (1922) y IX (1924).

Id. id.: *Talklūs Kitāb al-Maqūlat*. Texte arabe inédit, publié par—, Beyrouth, 1932.

Id. id.: *Tahafot al-tahafot*, texte arabe établi par—.

LEÓN GAUTHIER: *Ibn Rochd (Averroès)*. Traité décisif sur l'accord de la religion et de la philosophie. Faḡl al maqāl... Texte arabe, trad. fr. par—, Alger, 1942.

Averroes, como casi todos los filósofos de su raza, había sido muy mal creyente, que profesaba absoluta indiferencia, aunque no odio, respecto del islamismo. En su opinión el filósofo podía aventurarse cuanto quisiera, siempre que en lo externo respetara el culto establecido. Pero esta hipocresía no engañó a los teólogos musulimes. Ya en tiempo de los almorávides fueron quemados y destruidos muchos libros. Los almohades trajeron mucho más vivo el fervor de proselitismo..." (Ob. cit., p. 470).

Como colofón de este tercer aspecto que consideramos, hay que recordar asimismo que semejante reacción se manifestó también entre los cristianos cuando el averroísmo invadió el ámbito de la escolástica cristiana. "Santo Tomás —consigna González Palencia (ob. cit., p. 228-229)— es el más serio adversario de la doctrina averroísta y a la vez el primer discípulo del Comentador, incluso en la forma misma de sus escritos. Así ha demostrado la relación de dependencia en que el Doctor Angélico está respecto de Averroes en el punto culminante de la Teología, en la armonía entre la ciencia y la fe... Después de Sto. Tomás, toda la escuela dominicana se opone a Averroes... Los defensores de las teorías averroístas hay que buscarlos en la escuela franciscana (Rogerio Bacon) y en la Universidad de París (Siger de Brabante). Paralelamente a la acogida que los Comentarios de Averroes tuvieron en las escuelas cristianas, se fue formando desde principios del siglo XIV la leyenda del Averroes incrédulo... Se le atribuía la tesis "de las dos verdades", la verdad teológica y la verdad filosófica, en mutua contradicción, pero siendo verdad las dos: tesis que era más bien de Siger de Brabante y de los averroístas latinos. El señor Asín sostiene que esta doctrina de las dos verdades, jamás sostenida por Averroes, que intentó conciliar la fe y la razón, puede derivar de Mohidín Abenarabí, por cuyo conducto o por el de los filósofos de la dirección neoplatónica, pasaría a Siger y sus secuaces". Así resume el autor de la Historia de la literatura árabe-española esta debatida y espinosa cuestión.

También Maimónides fue víctima de la intransigencia o incompreensión de algunos de sus correligionarios, al socaire de la pureza de la fe, principalmente por ciertas teorías y orientaciones contenidas en el *Guía de los perplejos*. Después de su

muerte estalló una verdadera polémica entre maimonidistas y antimaimonidistas. “Los talmudistas franceses quemaron públicamente sus obras, considerándole como hereje y destructor del judaísmo y hasta se dice fue sustituido el encomiástico epitafio que primeramente ostentaba su tumba en Tiberiades por otro en que se le estigmatizaba de “excomulgado y hereje” (*Man. Hist. lit. hebr.*, pp. 518-519; cfr. ítem., p. 526). Vemos, pues, que si bien la animadversión parcial contra Maimónides no revistió los caracteres que acompañaron a la sufrida por el filósofo musulmán, ni le perjudicó en vida, es del mismo orden, motivada por la supuesta —o fundada— heterodoxia y espíritu racionalista del pensador judío, que se creía podría minar los cimientos de la fe mosaica.

Por lo que a sus relaciones con la Escolástica cristiana se refiere, remitimos al documentado capítulo de A. Bonilla en su *Historia de la Filosofía española* (II, Siglos VIII-XII, Judíos), donde en 18 apartados señala las principales coincidencias, aceptaciones y opugnaciones que Sto. Tomás hace de las doctrinas de Maimónides. Y termina diciendo: “Es indiscutible, por tanto, que el Angel de las Escuelas hacía frecuentísimo uso de la *Guía* de Maimónides, y que este libro le merecía singular atención. Si se exceptúa el Antiguo Testamento, ninguna producción de la literatura hebrea influyó más en la doctrina del Príncipe del escolasticismo que la gran obra del que el mismo Sto. Tomás llama “Moisés egipcio” (pp. 406-410).

VI. AVERROES Y AVERROÍSMO ENTRE LOS JUDÍOS

Patentes son las numerosas y profundas conexiones ideológicas y culturales establecidas entre el Islam y el Judaísmo español, a lo largo de una convivencia, más que secular, milenaria, sobre todo por sus antecedentes. Y eso no solamente de una manera general, sino también entre escritores, sabios, filósofos, poetas y las producciones de su genio. Las relaciones entre Averroes con todo lo que él representa por sus escritos, y Maimónides como filósofo, teólogo y pensador, han quedado manifiestas; solamente queremos añadir algunos detalles. En una esfera más amplia importa poner de relieve, aunque ya en

algún aspecto se ha insinuado, lo que Averroes y el averroísmo representan dentro del judaísmo.

Ateniéndonos únicamente a los datos concretos que poseemos, y sin rechazar las razonables hipótesis que anteriormente hemos apuntado, cabe recordar una carta de Maimónides a su discípulo predilecto ben Yehudá ^oAknín, fechada en El Cairo, 1190, en la que le dice textualmente: "He recibido hace poco una obra de Ibn Rušd sobre Aristóteles, la titulada "De sensu et sensato" y he leído lo bastante para cerciorarme de que ha captado la verdad con gran precisión"; pero ahora no tengo tiempo para hacer un estudio sobre ese libro." Respecto a un pasaje de una carta dirigida a S^emuel ibn Tibbón en 1199, donde el sabio recomienda los Comentarios de Averroes, no está del todo claro. En otra misiva dirigida por el susodicho ^oAknín a su venerado maestro, en estilo alegórico, se habla de "nuestro maestro Ibn Rušd", testimonio, dentro de su absoluta brevedad, de inestimable valor. Se ha citado como *terminus a quo* del primer contacto de Maimónides con los escritos de Averroes la mencionada fecha 1190, pero los términos mismos de la carta en cuestión parecen denotar claramente ya le eran conocidos con anterioridad, cosa perfectamente verosímil, e igualmente a la inversa, dada la posición relevante que uno y otro ocupaban en sus respectivos países, su insaciable afán de ilustración y el intercambio cultural existente, desde siglos atrás, entre el Islam oriental y el occidental.

Si los *Comentarios* de Averroes a las obras del Estagirita fueron conocidos y ejercieron influencia en los medios judaicos, mayor importancia revisten las obras originales del filósofo musulmán en el área del pensamiento hebraico medieval y aun posterior. El tratado sobre *La relación de la fe con el conocimiento* parece haber inspirado a Sem Tob ibn Falaquera su *Iggeret ha-wikku^h*. La famosa réplica al *Tahāfut* de Algazel fue vertida al hebreo en 1328 por Kalonymus ben David ben Todros, y existe otra versión anónima. Algunas contradicciones que parecen advertirse en la *Tahāfut al-tahāfut*, no infrecuentes en las obras del filósofo musulmán dieron lugar a la leyenda, que sólo a título de tal recogemos, de que Averroes profesó sucesivamente el judaísmo, cristianismo e islamismo, y que compuso la obra

“De tribus impostoribus” (Moisés, Jesús, Mahoma). Aparte de todo, lo indubitable es que la importancia de Averroes como filósofo fue universalmente reconocida por los pensadores judíos, y ni siquiera fueron óbice para tal admiración las opiniones antijudaicas del polígrafo islámico.

Añadiremos que si por una parte Averroes debió la conservación de algunos de sus escritos a las traducciones judías, la literatura hebrea, a su vez, le es deudora, directa o indirectamente, de estimables aportaciones, pues, aparte de las susodichas versiones, en los siglos XIII, XIV y XVI aparecieron numeroso tratados y ensayos elaborados por escritores judíos, inspirados en el averroísmo. El primero que lo introdujo en la literatura judaica fue S^cmuel ibn Tibbón, el traductor del *Moreh*. Añadamos los nombres de traductores como Abba Mari Anatoli, yerno de aquél, Mošé ibn Tibbón, el granadino Salomón ben Yosef ben Job, el barcelonés Zeraḥia ben Ishaq, Kalonymus ben Kalonymus, y otros muchos más. Dos docenas largas consigna *The Jewish Encyclopedia* de traductores y demás escritores. Como se ve, es éste un tema de gran envergadura, digno de tratarse en una tesis doctoral de alto nivel.

VII. MAIMÓNIDES Y MAIMONIDISMO EN EL ISLAM

Si la influencia de Averroes y sus escritos entre los judíos fue grande en el espacio y el tiempo, no podría decirse otro tanto respecto al influjo recíproco e irradiación de las obras filosóficas y teológicas de Maimónides en el área del Islam, pese a la redacción original en árabe y el ámbito y ambiente arábigo-islámicos en que vivían el autor y sus correligionarios, asiduos lectores y admiradores de esas obras. Sin embargo, no es un campo yermo: hay influencias palpables, que debemos destacar, tanto más que es éste uno de los varios aspectos menos conocidos en el tema que nos ocupa. Respecto a los escritos de carácter jurídico, relevantes entre la inmensa producción de Maimónides, la explicación de esa falta de irradiación al Islam es obvia, puesto que se contraen al Derecho talmúdico, de interés casi exclusivo para los judíos. En cuanto a los de exégesis escrituraria, como es en gran parte el *Moreh*, y otros tratados, hay

que distinguir entre lo que hay en ellos de específicamente bíblico y lo muchísimo que se proyecta en el campo de la Filosofía y la Teología general.

No podemos olvidar que entre los numerosos comentarios, por autores judíos y no judíos al *Dalālat al-ha'irīn*, figura uno del filósofo árabe Abū Bakr al-Tabrizī, del siglo XIII, el mismo en que murió el autor de la obra.

Pero, sobre todo, de las obras médicas nadie puede dudar que serían muy leídas y aprovechadas en el mundo árabo-islámico. Bastaría la razón potísima de su extraordinaria utilidad práctica, la alta reputación de que gozaba su autor como médico de la corte, el interés de los árabes por la ciencia médica y la veneración que siempre han sentido los musulmanes hacia la figura del *tebib*, cualquiera que sea su nacionalidad o religión. Por otra parte, ahí no cabían escrúpulos ni interdicciones de tipo religioso ni filosófico. Consta, además, que algunos de esos tratados de Medicina —de otros puede suponerse— fueron escritos expresamente para determinados personajes del mundo árabe, como p. e., el *Régimen de salud* o consultas sobre higiene, dedicado a Malik al-Fadl, hijo de Saladino, o el titulado *Fi 'al-yama'a* (“Sobre el comercio sexual”), escrito para Nur al-Din, sultán de Siria y sobrino de Saladino.

VIII. CONCLUSIÓN

En ceñido al par que amplio paralelo, torpemente trazado por un gran admirador de estos dos grandes personajes, a base de los datos bio-bibliográficos recogidos en no pocos autores, los juicios formulados por conspicuos investigadores y las obras mismas de los escritores en cuestión, hemos procurado delinear la figura prócer de Averroes como la más importante e influyente del mundo arábigo-musulmán, y a su lado la eminente de Maimónides, “Doctor Máximo de la Sinagoga”, una de las grandes lumbreras del Medievo, y “la mayor del hebraísmo, desde que faltaron los profetas”, en frase feliz de M. Pelayo.

Hemos procurado poner de relieve sus extraordinarias afinidades y concordancias de todo orden. Ciertamente no llegaríamos al extremo de considerarlos como hermanos gemelos intelectualmente; al lado de sorprendentes analogías hemos desta-

cado asimismo notables diferencias. Son dos personalidades tan ricas que, al par de extraordinarias y múltiples coincidencias, se reservan también en su poderosa individualidad zonas privativas e inconfundibles.

Si alguien escéptico y refractario a estos paralelos, arguyera diciendo que, pese a las coincidencias y concordancias entre Averroes y Maimónides, sería inútil buscar con ese propósito comparativo, entre la enorme producción del primero, nada que se parezca en su conjunto al *Moréⁿ n'bukín*, *Mišnéⁿ Toráⁿ* o *Mišnayyót* por no citar sino las tres obras máximas del doctor judío, aparte de otros muchos tratados, y que, inversamente, tampoco sería factible hallar entre la cuantiosa producción maimonidiana obra alguna comparable, por su similitud, con los *Comentarios* mayores, medio y menores sobre las obras de Aristóteles, la *Armonía entre la ciencia y la religión*, el *Kul liyyat* y otras numerosas obras del doctor musulmán, yo le diría que es cierto, pero sólo aparentemente, en cuanto a la estructura formal de esas creaciones científicas, pero no lo es en modo alguno en cuanto a gran parte del contenido, ideología, orientaciones y principios básicos de las mismas.

Naturalmente, hay profundas y hasta irreductibles diferencias entre esos dos mundos que son, por una parte, Islam y Judaísmo y, por otra, la personalidad de Averroes y la de Maimónides; pero las analogías y similitudes tanto en las personas y sus circunstancias, como entre los escritos y su irradiación son palpables. Por lo demás, tal actitud negativa no haría sino confirmar en parte lo que respecto a diferencias dejamos dicho, a prevención, al principio de nuestro estudio.

Fueron ambos a dos, astros de primera magnitud en el cielo de las ciencias, que alumbraron en vida latitudes distintas y distantes, pero cuyos destellos se fusionaron en la esfera luminosa del humano saber universal y siguen figurando con honores de primicerios en la Historia de la Ciencia. Lástima que sus obras —como se dijo de las de Medicina de Maimónides— sean más citadas, pero como dato de erudición a veces frívola y presentuosa o a lo sumo de segunda mano, que leídas y aprovechadas para el común beneficio y progreso de las ciencias, a pesar de la benemérita labor de no pocos expositores e investigadores.

“Con la muerte de Averroes, ya anciano, en 1198 —escribía M. Pelayo—, parece extinguirse toda filosofía entre los árabes andaluces” (Ob. cit. pp., 470-471). “Con Averroes —leemos en la *Islamología*— termina la *falāsifa*” (II, p. 892). Lo propio puede aseverarse de la filosofía medieval judía, que alcanza su punto culminante con el polígrafo cordobés. “Después de Maimónides —escribía A. Bonilla (ob. cit., p. 410)— el pensamiento filosófico judaico decae considerablemente. Sigue habiendo comentaristas, intérpretes, glosadores, eruditos, algunos de ellos importantísimos...; pero no se encuentran ya pensadores como Abengabirol, poetas-filósofos como Yehudá ha-Leví, polígrafos del talento de Maimónides.” Incluso en el orden lingüístico es de notar que entre los judíos, después de él, la lengua de la ciencia y la erudición, hasta entonces el árabe, será el hebreo.

Pero no quisiéramos terminar esta comunicación, que más bien ha sido merecida loa de los dos magnos personajes parangonados, con una especie de nota necrológica relativa a la filosofía arábigo-musulmana y judaica. Es más consolador y optimista verlos y admirarlos como dos figuras señeras, cuya presencia en esta ciudad recuerdan no solamente las dos estatuas erigidas en su honor y representación, sino el espíritu y potencialidad intelectual que irradian sus escritos, de inextinguible luminosidad. Son los dos faros medievales que unen los haces de su luz a los de aquel otro gigante del pensamiento, el filósofo latino, formando una gloriosa tríada para gloria perpetua de Córdoba.

De Averroes se ha dicho (*Islamología*, II, p. 891) que “es un gran desconocido en el mundo del Islam, y fuera de él ha sido mal comprendido por muchos.” Tampoco Maimónides, a pesar de la aureola de su fama, es hoy apenas leído, quizá aun dentro del judaísmo, salvo entre los especialistas, ni sus obras, accesibles al lector español. Ni siquiera tenemos todavía una traducción completa de su obra cumbre, no digamos de las demás. Si mi modesta aportación a estas *VI Sesiones de cultura hispanomusulmana* contribuyera en algo al estudio, edición y traducción de las obras maestras de estos dos grandes pensadores, me sentiría gratamente satisfecho y sobradamente recompensado.

David Gonzalo Maeso